

## IV

### E N C U B A

Ya en Cuba el doctor Carlos J. Finlay no tiene otra ambición que ejercer la medicina. Siente en toda su grandeza la altísima profesión de la que dijera Platón que amar a la Medicina es amar a la Humanidad. Habla con su padre y éste lo entusiasma más. Le cuenta anécdotas; proezas de la lucha a brazo partido con la muerte, en casos aislados y personales, y que hacen más grandes e imperecederas cuando se le arrancan secretos a la Naturaleza para volcarlos de un solo golpe sobre las humanas miserias, para rescatarla, por siempre, de un mal incurable, salvando vidas por millares, para engrandecer aun más la ciencia de curar.

Eduardo Finlay le habla ahora al hijo que va a continuar la tradición de la familia con honor, le recuerda el Juramento de Hipócrates, y le dice simplemente:

—Prepárate, ya estoy viejo y cansado. Tú tienes que hacerte cargo de mi clientela, que como ves es mucha y buena.

—Sí, ya veo que trabajas con exceso, papá —le dice el novel médico.

—La labor es dura y a veces cruel —habla el padre—. Especialmente cuando las epidemias multiplican los casos y la muerte va segando vidas que tú no sabes como arrancárselas, por desconocer la causa de la enfermedad, el agente que la transmite, como en el caso de la fiebre amarilla.

Finlay se interesa vivamente y hace mil preguntas sobre la enfermedad, sobre ese terrible “vómito negro”.

—Hay épocas que ataca duramente una zona, después otra, y en algunas no pasa nada, parece como si sus moradores fuesen inmunes a esa enfermedad.

Y así va informando el padre al joven galeno de todas sus experiencias y observaciones sobre este misterioso mal.

Carlos Juan Finlay quiere saber más y más; insiste formulando otras preguntas en busca de orientación, y el padre le dice:

—Está bien todo ese interés tuyo, pero no te apures, ya tendrás tiempo de enfrentarte con más de un caso de fiebre

amarilla. Ya sabrás lo que es el “vómito negro”, sentirás el dolor de la impotencia de ver cómo se te mueren los casos en las manos sin saber qué hacer, aunque tal vez Dios te ilumine y puedas hallar la causa, pero lo importante ahora es tu revalida, para que comiences a ejercer inmediatamente. Tienes que ir a la Universidad, ocuparte de eso.

Y siguiendo los preceptos reglamentarios, el 28 de Diciembre de 1855, se dirige Finlay al Rector de la Universidad de La Habana, solicitando la incorporación de su título de doctor en medicina y cirugía de la Universidad de Filadelfia (Estados Unidos), para ejercer la profesión médica en la Isla de Cuba.

El escrito presentado por Finlay, es inmediatamente tramitado por las autoridades académicas, que disponen las diligencias reglamentarias, como es la obligación de presentar los documentos debidamente legalizados, es decir con la correspondiente autorización del cónsul del punto de origen, y de acreditar la identidad de su persona, antes de ser sometido a la prueba científica de la reválida.

En todos estos trámites transcurre más de un mes. El 30 de Enero de 1856 quedaron llenados los requisitos de identificación en la Policía, así como de los testigos que declararon conocer a Finlay y constarles que cursó sus estudios en aquella Universidad de Filadelfia. Como testigos firmaron Juan Blián, Luis de Le Riverand y Juan Barr. Y el 7 de Febrero de 1856 fue citado el doctor Finlay para que concurriera a la prueba científica requerida para la incorporación de títulos expedidos en universidades extranjeras.

Llegó el día en que Finlay había de presentarse ante los profesores de la Universidad de La Habana, para la reválida de su título de médico. Marchó seguro de sí mismo hacia el primer centro docente de Cuba. Conocía su profesión y la amaba profundamente. Las materias científicas eran las mismas, aunque aprendidas en distinto idioma; por difícil que fuera la prueba él demostraría que ha estudiado a fondo la medicina que sabe las asignaturas, que puede ejercer la profesión. Pero al llegar a la Escuela de Medicina se sintió inquieto, sobresaltado. Se detuvo un instante y tratando de reaccionar se dijo:

¡Qué tontería!... ¿Ahora me voy a poner nervioso?

Apuntó una sonrisa y respiró fuertemente para controlar sus nervios, entró en la Escuela con dirección a las aulas donde estaba constituido el Tribunal de Reválida. Esperó ser llamado... y penetró en el gran salón. Allí estaban los profesores de la Universidad de La Habana que habrían de integrar el tribunal de examen. Había numeroso público, en su mayoría catedráticos y estudiantes, que asistían a estas pruebas con gran

curiosidad, especialmente para aquilatar la capacidad y los conocimientos de los que estudiaron fuera del país, muchos de los cuales suelen ostentar suficiencia, cierto aire de superioridad que presumen en contra de tales graduados, pues tal actitud petulante no se compadece con el verdadero mérito.

El doctor Carlos J. Finlay notó que el estado ambiental no le era propicio. Todas las miradas convergían en él. Se sentía escudriñado de pies a cabeza por todos aquellos ojos. No escuchaba una sola palabra, pero él parecía percibir comentarios adversos hacia su persona. Todo ello le aumentó su anterior inquietud. Jamás había estado tan nervioso como en aquella situación de espectador hostilidad.

Pero lo peor ocurrió cuando el doctor Carlos J. Finlay fue llamado ante el tribunal para realizar la prueba. El joven médico graduado de Jefferson Medical College de Filadelfia, sintió algo raro, el viejo padecimiento producido por la corea se vio acentuado por el nerviosismo. No podía pronunciar bien, tenía una gran dificultad en la articulación de las palabras. Su tartamudez llegó a ser tan marcada durante la prueba oral, que los profesores cambiaban miradas de intencionada consulta, como si la falta de la coordinación mecánica de las palabras corriera pareja con la coordinación de las ideas.

Lo cierto es que la prueba científica desarrollada por el doctor Carlos J. Finlay para la reválida de su título de médico no dejó satisfecho al tribunal, de suyo un tanto exigente en los casos de incorporación de títulos de procedencia extranjera y muy especialmente de las universidades norteamericanas, porque estimaban que en los Estados Unidos no eran rigurosos los estudios y las disciplinas, ni estaban regidas por programas tan estrictos y completos como los establecidos en la Península y sus colonias.

Sea como fuere, el resultado de la prueba fue negativo para el doctor Carlos J. Finlay, al ser reprobado en el examen de reválida de su título en la Universidad de La Habana. El joven médico, a quien el profesor Sila Weir Mitchell pedía que no abandonara los Estados Unidos, por las posibilidades que tenía aquel ambiente para un hombre de sus condiciones de capacidad y conocimientos, amante de la investigación y de los experimentos en las ciencias médicas, era reprobado en La Habana, en los ejercicios de reválida.

Por segunda vez el primer centro docente de Cuba lo rechazaba. Lo rechazó, primero, cuando quiso ingresar y pidió que le reconocieran los estudios de segunda enseñanza cursados en Francia. Ante aquella negativa tuvo que irse a estudiar medicina fuera de su país. Ahora, graduado en el extranjero, es re-

chazado de nuevo. Decididamente, no podría estudiar ni ejercer su profesión en su propia tierra.

Aquel suspenso fue el primero en la vida del estudiante Finlay. Todas las notas de sus exámenes en Maguncia (Alemania), en Rouen (Francia), en el Jefferson Medical College de Filadelfia (Estados Unidos) fueron brillantes. Ni un solo suspenso. Fue siempre un estudiante ejemplar. Y cuando se disponía a ejercer la profesión médica en Cuba, su patria nativa, era reprobado por no haber podido demostrar ante el tribunal examinador su capacidad médica, ni su dominio en las asignaturas que había estudiado.

Triste, abatido, Finlay abandonó la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana. Vagó durante algunas horas por las calles de la ciudad antes de regresar a su casa. En su mente se arremolinaban en torbellino las ideas. Trataba de encontrar justificación a lo que acababa de suceder. Aquella adversidad le pesaba duramente como una injusticia. Con estas sombras en el corazón llegó junto a sus padres. Todo era desolación en aquella casa.

—Eso es una gran injusticia —clamó llena de energía la madre.

—Tal vez no sea así, mamá. De todos modos más vale sufrir una injusticia que cometerla, según decía Platón. Yo sabía lo que me preguntaban y creía que estaba respondiendo las preguntas bien, pero tal vez la torpeza de mi pronunciación me perdió. Esta lentitud en la articulación de las palabras la interpretarían como vacilación. No sé. ¡Volveremos a intentar la prueba!

—Sí, pero ahora hasta dentro de un año no podrás volver a presentarte, —dijo el doctor Eduardo Finlay, con cierto desaliento, como contando los días que aún ha de vivir.

—No importa. Pediré que se haga ante del año. La ley no puede ser tan estricta. Me dirigiré al rector, al gobernador general, a quien sea, pero obtendré de nuevo otro examen. Yo soy médico y como tal ejerceré.

El aspecto psicológico de los tribunales de examen, de oposición, etc. es un asunto que tanto en la época pretérita como en la presente, no se ha enfocado en su verdadero sentido práctico, justiciero y humano.

El propio doctor Carlos J. Finlay dirigió un escrito al Rector de la Universidad de La Habana, solicitando una nueva prueba, argumentando su petición con todo el respeto, pero con razonamiento lógico y a todas luces incontrovertible y con un

gran civismo, cosa rara en aquella época en que las disposiciones que emanaban de los centros superiores eran acatadas sin discutir. En su apelación dice: "Don Carlos Finlay, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Filadelfia a V. E. con el debido respeto expone: que tratando de incorporarme en la Universidad de esta ciudad, previo los requisitos que exigen los estatutos, incluso el depósito de trescientos pesos, se presentó a examen y tuvo la desgracia de sacar la censura de reprobado, que, según el Art. 24 del Reglamento, no le permite nuevo examen hasta pasado un año; pero hay en el que habla circunstancias que deben modificar el rigor de ese artículo, para lo cual está V. E. autorizado y esto le obliga a asumir a la Superior justificación de V. E. para que se sirva disponer se le admita en el día a ese mismo nuevo examen."

"Esta solicitud prueba que el aspirante ni desconfía de la imparcialidad de los Sres. Catedráticos examinadores, ni a pesar de su modestia, duda que obtendrá mejor calificación en nuevo examen. Lo imponente del acto, la timidez del suplicante, la dificultad de expresión con exactitud sus conceptos en el idioma castellano, pueden y deben ser las únicas causas de la reprobación; pero aparte de esto y de que no puede haber perjuicio en repetirse el examen, hay la particular circunstancia del que el referido artículo 24 no se contrae a incorporaciones, sino a los grados de los cursantes de la misma Universidad, de cuya capacidad tienen anticipado conocimiento de sus catedráticos. No sucede así con los que aspiran a incorporar grados obtenidos en otras Universidades; pueden ser aventajados profesores y sin embargo en un solo ejercicio no quedar con lucimiento; pueden tener gran capacidad sin embargo no le habrán podido demostrar en ese momento dado por accidentes imprevistos, pero sea de todo esto lo que fuere, el suplicante es hijo de un aventajado profesor, cuya avanzada edad y cuyos padecimientos físicos y morales exigen algún descanso y podría obtenerse éste, si no dejase encargado al que habla al cuidado de sus enfermos y de sostener a la numerosa familia suya. Esto no podría lograrse si se dilatara un año el examen y aunque sólo se tomaran en cuenta los méritos del padre del aspirante doctor Eduardo Finlay, que son bien notorios, la equidad aconsejaría el favor a que el suplicante aspira. Así deberá a V. E. una dilatada familia la tranquilidad que ha perdido por la desgracia experimentada: así podrá el padre del aspirante hacer el viaje que interesaba a Europa y en tal concepto a V. E. Suplica se sirva por equidad y en atención a las circunstancias expuestas disponer se le admita en el día a nuevo examen con lo cual recibirá de V. E. justicia y merced. Habana, Marzo de 1858.—Carlos J. Finlay".

Pero la solicitud del doctor Finlay al Rector de la Universidad no fue aceptada. Se le aplicaron los fríos preceptos del Reglamento. Tenía que esperar un año para poder presentarse nuevamente ante un tribunal de examen para repetir los ejercicios de reválida del título de médico.

Nuevo fracaso. Sin embargo, en ningún momento pensó en retornar a los Estados Unidos donde tantas y tan buenas posibilidades se le ofrecían. Su afán era ejercer en Cuba. Algo interior lo impulsaba a mantenerse luchando contra todos los obstáculos para que el desaliento no le hiciera su víctima. El demostraría a los profesores de la Universidad de La Habana que sabía medicina.

El doctor Eduardo Finlay, hombre superior en todos los sentidos, un tanto cansado de luchar, pero con todo el orgullo británico en su carácter, sintió tanto o más que su propio hijo este grave **impasse** en la carrera de Carlos Juan en Cuba. El muchacho podía esperar. Tenía la vida por delante mas, ¿el padre?... De todos modos era su hijo lo que importaba. Como viejo conocedor del alma y del cuerpo humano, proyectó un viaje al Perú con el pretexto de una misión científica, y se llevó a su hijo a Lima, para que lo acompañara. Allí permanecieron algunos meses en el país que conquistara Pizarro y libertaran Bolívar y San Martín. Después recorrieron otros países, donde el joven médico observó, con su gran golpe de vista, el estado sanitario de los mismos, y la forma en que allí se desenvolvían las actividades médicas.

De regreso a Cuba, inmediatamente inicia las gestiones para que la Universidad de La Habana integre el tribunal de examen y poder revalidar su título de médico. Y al año justo de haber sido reprobado en la propia Escuela de Medicina, el doctor Carlos J. Finlay se presenta nuevamente y hace brillantes ejercicios que le valen la incorporación de su título a la Universidad de La Habana. Fue el 15 de Marzo de 1857. Ahora sí podía ejercer la medicina en la Isla de Cuba. Ahora, después de algunos esfuerzos, había logrado imponerse la razón, la verdad y la justicia de su aptitud y conocimientos científicos.

Ya estaba facultado para ejercer la medicina y la cirugía en su patria. Ya era médico en Cuba. Aunque ejercería medicina general se especializaría en oftalmología, como su padre.

Pero el afán de estudios y de investigación del doctor Carlos J. Finlay es mucho. Ya médico, sueña con regresar a Fans. Ambiciona visitar Francia. Aspira adquirir nuevos conocimientos de la ciencia médica en aquella ciudad donde radican los más famosos profesores. Tiene el afán, por sobre todas las cosas, de perfeccionarse con preferencia en la especialidad de la



oftalmología. Quiere practicar debidamente todo lo relativo a estas enfermedades, y dominar las técnicas más avanzadas.

Es por ello que de nuevo se traslada a Francia en los años comprendidos de 1860 a 1861, visitando todas las instituciones de oftalmología. En la Universidad, en los hospitales, en todos los centros científicos investiga, indaga, cambia impresiones con los mejores especialistas. Quiere saber todo lo que se relaciona con los males de los ojos, los últimos tratamientos clínicos y quirúrgicos, los adelantos de la técnica.

Al regresar a Cuba, se instala en la ciudad de Matanzas con el propósito de comenzar a ejercer su profesión en la bella ciudad yumurina.

Comienza allí su actividad de médico en 1864, pero apenas instalado, parece como ausente, dando la sensación de que está allí transitoriamente. La capital le atrae. La estatura científica del joven médico requiere campo de acción más amplio. Viene pletórico de fuerzas acumuladas, de conocimientos adquiridos, de teorías que requieren la experimentación constante y profunda. La ciudad provinciana es pequeña para su concepción. Sólo unos meses permanece en Matanzas. Retorna a La Habana, donde se instala definitivamente. Necesitaba todo el radio de amplitud de la capital para darle vuelos a su pensamiento y aplicación integral a su ciencia.

Sus pasos iniciales los dirige hacia la oftalmología, la que comienza a practicar con notable éxito introduciendo innovaciones en las técnicas y en los tratamientos, enfrentándose con los médicos ya duchos en esta especialidad y discutiendo con los mismos para desechar sistemas anticuados.

Pero la juventud sin compañera entristece al joven médico. Tanto tiempo dedicado a los estudios y ahora al ejercicio de la profesión requieren el complemento amoroso y emocional de la vida, la mujer que sea aliento y estímulo de su obra, que le ayude espiritualmente y le comprenda en sus triunfos y derrotas, mucho más en los fracasos.

El no lo advierte y sigue taciturno y abstraído en los libros que devora aun en las horas de descanso. Entre tanto van pasando los días y los meses, sin pensar en las bellas damitas que lo miran derrochando todo el encanto femenino de la mujer cubana... Mas quieren los hados que al cabo la seleccionada de su corazón sea hija de la misma tierra en que naufragara su padre, cuando intentaba unirse a la revolución continental americana. Y al cruzarse en su camino con una bella jovencita nacida en Puerto España, en la Isla de Trinidad, se inicia una pasión.

Este idilio comienza con las frecuentes visitas de la familia Shine a la familia Finlay, que se conocieron cuando la estancia

del doctor Eduardo Finlay en Puerto España, como médico de la familia. La joven Adela quedó huérfana y decidió abandonar el suelo donde naciera para irse a reunir con su hermana Jane, que vivía en Canadá, casada con el señor Henry Murphy, quien tiene que establecerse en Cuba por haber sido nombrado administrador del Central “Magua” en Trinidad, y de ahí la instalación de la familia en La Habana y la reanudación de las viejas amistades.

Las frecuentes visitas, las breves reuniones en la casa de Finlay, encendieron la amorosa ilusión y Carlos Juan compartió sus pensamientos entre la medicina y la nueva emoción que llenaba su alma: Adela Shine, con la que se identificaba plenamente. Ella, de acentuada educación religiosa, amaba también extraordinariamente la literatura, lo que propició el cambio de impresiones entre los dos jóvenes. Carlos y Adela hablaban mucho de las obras clásicas, con predilección las composiciones poéticas. Algún que otro verso fue escrito por el joven médico cantándole a la musa de sus sueños.

Carlos J. Finlay encontró en Adela Shine el complemento de su existencia. Se casaron el 16 de Octubre de 1865, en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de Monserrate. Fue un matrimonio feliz en grado sumo. Ella supo comprender a su esposo y amarlo con admiración. Intimó tanto y tanto que fue una compañera ideal y fiel colaboradora de sus pacientes trabajos. Lo animó siempre que lo encontraba preso del desaliento. Su palabra estimuladora fue acicate para su triunfo, y siempre tuvo fe en la nobleza de sus propósitos. Nunca Finlay observó la duda en aquella mujer delicada, pero de alma grande que siempre lo estimulaba con su fe y su confianza.

Por todo ello, Adela Shine tuvo una participación directa en el grandioso triunfo del doctor Carlos J. Finlay. Muchas veces estuvo en vela junto a su esposo mientras él se afanaba por desentrañar el secreto de la Naturaleza en bien de los humanos.

Sobre todas las cosas, Adela Shine fue el aliento supremo que mantuvo inquebrantable la firmeza absoluta de Carlos J. Finlay, aun en aquellos momentos de pleno escepticismo, en que todos dudaban de su obra, en que todos negaban sus investigaciones y experimentos, en que todos los acusaban de loco... Sólo dos personas creían en él: su mujer y el doctor Claudio Delgado.

Adela Shine, como dice su propio hijo, “participando acertadamente en todos los trabajos del esposo y compartiendo resignada y valerosamente con él cuantos sacrificios fueron necesarios para colmar en épocas difíciles los desniveles del presupuesto familiar. La influencia de mi madre en el horizonte espiritual de mi padre, fue a la vez intensa y dulce y por eso dos quilates psicológicos, infundió en él un espíritu religioso tan firme



como el que ella había adquirido de niña en el antiguo colegio de las Ursulinas de Cork”.

Después del matrimonio el doctor Carlos J. Finlay hubo de comentar con amigos y compañeros, la situación crítica del país y de expresar en más de una ocasión el estado insostenible del poder colonial que debía sustituirse por el sistema republicano que había observado en los Estados Unidos. Esto le trajo, por consecuencia, cierta animadversión de las autoridades. Por ello, y aprovechando que su esposa tenía deseos de volver a la Isla de Trinidad, preparó el viaje.

También él deseaba visitar la tierra que acogiera a su padre, y era la de su esposa. Y emprendió el viaje ante el temor de una represalia, pues si no era uno de los militantes de las numerosas conspiraciones que se fomentaban en Cuba contra España, era un amante de la libertad.

Después de este viaje, los esposos Finlay-Shine retornaron a Cuba en el año de 1870.

La vida matrimonial, augusta y serena, se vió alterada por la fatalidad. Los dos primeros hijos de aquel matrimonio feliz murieron al nacer. La alegría que esos vástagos proporcionarían al hogar Finlay-Shine, fue trasmutada, en dos ocasiones, en las sombras del dolor.

Hasta el 15 de Julio de 1868, el año en que Carlos Manuel de Céspedes se lanzara a la manigua libertadora señalando la etapa revolucionaria de la “Guerra de los Diez Años”, fue que el hogar de Finlay se vió colmado de alegría por la llegada de un niño, al que bautizaron con el nombre de Carlos Eduardo.<sup>1</sup> Por los años de 1870 y 1876, fue cuando nacieron los otros dos hijos de Carlos J. Finlay, que recibieron los nombres de Jorge y Frank.<sup>2</sup>

#### NOTAS

- 1 Carlos J. Finlay fue bautizado con el nombre de Juan Carlos, pero de muchacho siempre le llamaban Carlos Juan, aunque él prefería el nombre de Carlos solamente, firmando los documentos oficiales J. Carlos Finlay, pero tan pronto revalidó el título en la Universidad de La Habana, firmaba solamente con el nombre de Carlos; pero al nacer su hijo Carlos Eduardo, entonces volvió a usar los nombres de su infancia, Carlos Juan, pero firmando Carlos J. Finlay, para diferenciarse de su hijo que firmaba Carlos E. Finlay. (N. del A.)
- 2 Jorge Finlay actuó en los Clubes Revolucionarios de la emigración y Frank figuró en las fuerzas libertadoras durante la guerra de 1895, al mando del General Rafael de Cárdenas y del Coronel Néstor Aranguren. Entre los hechos guerreros en que actuó el joven hijo del sabio cubano, figura haber sido destacado para recibir una expedición organizada por el General Emilio Núñez, conjuntamente con Miyares y Benito Aranguren, en el año de 1897. (N. del A.)